



¿Qué es la Tercera Posición?

La noche del 24 de abril de 1961, cuando se produjo la histórica comparecencia televisada de nuestro Jefe Nacional, Felipe Rivero Díaz, frente a un panel integrado por teóricos del Partido Comunista, marcó el inicio del despertar nacionalista de nuestro pueblo, sometido hasta entonces a los vaivenes e influencias traicioneras de Washington y Moscú.

Rivero, esgrimiendo como arma dialéctica y doctrinal, la tesis de la Tercera Posición Nacionalista para Cuba, taladró ideológicamente y desarmó a los teóricos marxistas-leninistas y sintetizó al mismo tiempo, los anhelos de redención, justicia y libertad del pueblo cubano, mientras salvaba la dignidad de miles de hombres que, de un bando o de otro, habían derramado heroicamente su sangre en Girón, Playa Larga, etc., señalando el común denominador que debía unir a nuestro pueblo, o sea, Cuba por encima de los intereses de la URSS, nuestra enemiga y de los EE. UU., nuestro vecino.

El mensaje lanzado en la TV produjo sus frutos, tanto en la mente de millares de hombres que, vistiendo el verde olivo, hoy forman las apretadas filas de un clandestinaje heroico que día a día levanta nuestro orgullo nacional con múltiples acciones y sabotajes, así como en el exilio, donde racimos de patriotas nacionalistas se han jugado la vida y la libertad bombardeando un barco mercante de la tiranía roja en el puerto de Montreal, atacando la Embajada de Cuba Roja en Ottawa con bazucas, detonando el petardo de la dignidad cubana en el Pabellón castrista de Expo 67, demoliendo las oficinas del Cuban Trade Commission en Montreal, atacando con granadas de mano y dinamita varios objetivos marxistas en Ciudad México y Buenos Aires, llegando hasta el brumoso Londres para intentar volar el bochornoso monumento a Karl Marx, sin olvidar el histórico bazucazo disparado contra el Edificio de la ONU, cuando hablaba el asesino Guevara y que puso el nombre de Cuba y la rebeldía de su pueblo con letras de fuego en las cuatro esquinas del mundo.

Todos estos hechos gloriosos obligaron a que nuestro supuesto aliado, el gobierno de EE. UU., influenciado de buena gana por la presión de los mercaderes canadienses, secuestrara a Felipe Rivero y lo mantuviera

preso e incomunicado durante seis largos meses. Estos acontecimientos culminaron en la Huelga Patriótica del 23 de Mayo de 1967, que paralizó a la ciudad de Miami. Hecho político sin precedentes en EE. UU. y que señaló la fortaleza de la conciencia nacionalista del cubano exilado y sirvió para que cayera la venda de los ojos de los ilusos y cipayos que todavía esperaban algo positivo por parte del gobierno norteamericano. La persecución implacable de que somos víctimas los miembros del Movimiento Nacionalista Cubano por los organismos represivos de EE. UU. sirve para demostrar la complicidad manifiesta de las dos potencias materialistas que pretenden repartirse el mundo.

Por tanto, no tenemos otra solución que la Revolución Nacionalista, sin lacayismo ni entreguismo. La Revolución Nacional y Social de todos los trabajadores, de todos los productores, soldados, campesinos, estudiantes, profesionales e intelectuales que no han olvidado los deberes que entraña el privilegio de ser cubano. La Revolución que ejecutará una verdadera justicia social, sin caciques ni bolcheviques, que respete la dignidad del ser humano y sus libertades más profundas, que desproletarice a las masas, que encauce el trabajo, la propiedad y la iniciativa creadora con una doble finalidad individual y social, que barra definitivamente el inhumano capitalismo de Estado, típico del antinatural esclavismo marxista-leninista e instaure un régimen revolucionario que, encuadrado dentro de los principios y los valores eternos de nuestra Cultura Occidental, logre la independencia de Cuba e Iberoamérica, sin sometimientos a la plutocracia usurera de Wall Street, ni a los carniceros soviéticos del Kremlin.

Para lograr esa Tercera Posición en nuestra Patria, para superar el anacrónico liberalismo del pasado, plagado de lacras y mediocridad, y el horrible presente de pesadilla, para lograr esa Cuba exacta y difícil que nunca tuvimos ni tenemos ahora, pero que es por la que vale la pena dar la vida, instamos a todos los cubanos y en primera fila a los que tras un uniforme verde olivo y una metralleta esconden también los ideales nacionales y sociales que propugnamos, a que cierren filas bajo la bandera del 3 y el rayo, que será la bandera libertadora de la Revolución Nacionalista.

La vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande.

Nosotros no concebimos empresa mayor que salvar y rehacer a Cuba sobre bases nuevas de solidaridad nacional y justicia social.

editorial

REVOLUCION NACIONALISTA

Calculamos que a nadie le pasará por la cabeza el supuesto de que la "revolución" apetecida por nosotros es la "revuelta", el motín desordenado y callejero, la satisfacción de ese impulso a echar los pies por alto que sienten, a veces, tanto los pueblos como los individuos. Nada más lejos de nuestras inclinaciones estéticas. Pero más aún de nuestro sentido de la política. La política es una gran tarea de edificación, no es la mejor manera de edificar la que consiste en revolver los materiales y lanzarlos al aire después, para que caigan como el azar disponga. El que echa de menos una revolución suele tener prefigurada en su espíritu una arquitectura política nueva, y precisamente para implantarla necesita ser dueño en cada instante, sin la menor concesión a la histeria o a la embriaguez, de todos los instrumentos de edificar. Es decir: que la revolución bien hecha, la que de veras subvierte duramente las cosas, tiene como característica formal "el orden".

Ahora que el orden, por sí mismo no es bastante para entusiasmar a una generación. Nuestra generación quiere un "orden nuevo". No está conforme con el orden establecido anteriormente, ni mucho menos con el actual. Por eso es revolucionaria.

Doctrina

EL NACIONALISMO Y LOS OBREROS

Quienes tienen interés en que los obreros no sepan la verdad; quieren hacer pasar al nacionalismo por enemigo de la clase obrera. Durará el embuste lo que tarden los obreros en saber qué es el nacionalismo y su solución socio-económica: el corporativismo.

El nacional-corporativismo, para llamarlo más correctamente, es la supresión de dos tiranías para el obrero: la liberal y la socialista.

El capitalismo liberal daba al obrero, en el papel, todas las libertades: no le obligaba a aceptar más condiciones de trabajo que las que libremente quisiera. Pero como el capitalista era rico y el obrero era pobre, al cabo era siempre el obrero el llamado a capitular. Los Estados liberales asistieron, impávidos, a las jornadas terribles y a los salarios de hambre.

El socialismo se alzó, con justicia, contra la economía capitalista liberal. Pero contra la tiranía de los capitalistas no propugnó más solución que la tiranía de los obreros: la dictadura del proletariado después del triunfo en la lucha de clases.

Capitalismo y socialismo son dos soluciones monstruosas: de triunfo de una clase sobre otra clase; de tiranía del vencedor sobre el vencido.

Sólo el nacional-corporativismo logrará la solución justa: el Estado Nacional Corporativo no será de la clase poderosa ni de la clase proletaria: será de todos; por eso protegerá —con maneras resueltas— el interés de todos. No dará al obrero lo justo como botín de victoria ni como dávida humillante: se lo dará porque es justo, sin regateos de una vez.

Así, será ascendido el trabajo a primera dignidad civil. Habrá trabajo para todos y todos trabajarán. No habrá zánganos de lujo. Los sindicatos de productores serán piezas directas en la arquitectura del Estado, sin partidos políticos intermediarios, que sólo sirven para encaramar sobre los hombros de los obreros a unos cuantos felices cifarreros.

Sobre el concepto del Estado

Algunos desorientados o malintencionados han hecho circular la especie de que apetece para nuestra Patria una dictadura de izquierdas o de derechas, según la interpretación de cada cual, y que propiciamos un régimen que se basa en un concepto paralista de la divinización del Estado y en la anulación de la personalidad individual.

Pues bien, nosotros consideramos que no sólo es mala una dictadura de derechas y una dictadura de izquierdas, sino que ya es malo que haya una posición política de derechas y una posición política de izquierdas. Esos señores entienden que el aspirar a un Estado integrador y autoritario es divinizar al Estado, nosotros les decimos que la divinización del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros apetece.

Nosotros consideramos que el Estado no justifica en cada momento su conducta, como no la justifica un individuo, ni la justifica una clase, sino en tanto se amolda en cada instante a una norma permanente. Mientras que diviniza al Estado la idea rousseauiana de que el Estado o los portadores de la voluntad que es obligatoria para el Estado, tiene siempre razón; lo que diviniza al Estado es la creencia en que la voluntad del Estado, que una vez manifestaron los reyes absolutos, y que ahora manifiestan los sufragios populares, tiene siempre razón. Los reyes absolutos podían equivocarse; el sufragio popular puede equivocarse; porque nunca es la verdad ni es el bien una cosa que se manifieste ni se profese por la voluntad. El bien y la verdad son categorías permanentes de razón, y para saber si se tiene razón no basta preguntar al rey —cuya voluntad para los partidarios de la soberanía absoluta era siempre justa—, ni basta preguntar al pueblo —cuya voluntad para los rousseauianos, es siempre acertada—, sino que hay que ver en cada instante si nuestros actos y nuestros pensamientos están de acuerdo con una aspiración permanente.

Por eso es divinizar al Estado lo contrario de lo que nosotros queremos. Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad: encontramos que el Estado se porta bien si cree en ese total destino histórico, si considera al pueblo como una integridad de aspiraciones, y por eso nosotros no somos partidarios ni de la dictadura de izquierda ni de la de derecha, ni siquiera de las derechas y las izquierdas, porque entendemos que un pueblo es eso: una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse.

Nuestra Misión: Hemos preferido salirnos del camino cómodo que entraña el mirar una opinión pública demoliberal, cuando se tiene, como tenemos nosotros, una gran dosis de popularidad, e irnos por el camino de la revolución, por el camino de otra revolución, por el camino de la verdadera revolución. Porque todas las revoluciones han sido incompletas hasta ahora, en cuanto ninguna, sirvió, juntas, a la idea nacional de la Patria y a la idea de la justicia social. Nosotros integramos esas dos cosas: la Patria y la justicia social, y resueltamente, sobre esos dos principios inmovibles queremos hacer nuestra revolución.

Nuestro movimiento no es de derecha ni de izquierda. Mucho menos es del centro. Nuestro movimiento se da cuenta de que todo eso son actitudes personales, laterales, y aspira a cumplir la vida de Cuba, no desde un lado, sino desde enfrente; no como parte, sino como todo; aspira a que las cosas no se resuelvan en homenaje al interés insignificante de un bando, sino al acatamiento al servicio total del interés patrio. Para nosotros, la Patria no es sólo un concepto, sino una norma. El acatamiento de esta norma hay que imponerle con todo el rigor que haga falta, contra todos los intereses que se opongan, por fuertes que sean. Por eso somos revolucionarios.

Somos nacionales porque queremos la grandeza de Cuba. Somos corporativistas, porque exigimos el encuadramiento de los productores —patronos, obreros, técnicos— en Sindicatos Verticales por ramas de profesión. Somos revolucionarios, porque nuestro Movimiento tiene vida, ansias inmortales y el empuje irresistible de nuestra juventud.